podido alarmarse la virtud mas tímida. Habia mas aun: aquel altivo jóven, ordinariamente irónico con todo el mundo, era siempre formal con ella; en cuanto se dirigia á la jóven, su semblante, su acento, su palabra, se hacian graves, de la misma manera que si entrase en la iglesia. Tenia mucha agudeza, de la que usaba y hasta abusaba en las conversaciones que se tenian delante de la señora de Tecle, como si quemase fuegos artificiales en honor suyo; pero en cuanto se dirigia á ella, se extinguia la brillantez, para no quedar mas que respeto y sumision.

Toda mujer que recibe de un hombre superior lisonjas de tan exquisito gusto, no le ama necesariamente, pero necesariamente le encuentra amable. A la sombra de la plena seguridad que la dejaba el conde de Camors, la señora de Tecle no podia menos de gozar en compañia de un hombre que era sin duda el mas distinguido que habia encontrado en su vida, que como ella tenia, el gusto de las artes, de la vida social y de las cosas del espíritu. En fin, estas dulces é inocentes relaciones con un hombre cuya reputacion era algo escandalosa, no podian menos de despertar en el corazon de la señora de Tecle un sentimiento, ó mas bien una ilusion, de las que las mujeres se defienden mal. Los libertinos ofrecen á las mujeres vulgares un género de atractivo que no es fácil calificar, pero que debe consistir en curiosidad poco laudable. A las mujeres superiores ofrecen otro, infinitamente mas noble, pero no menos peligroso; el de la conversion. Cosa rara es que las mujeres virtuosas no caigan en el error capital de creer que se ama la virtud porque se las ama. Tales eran, en resúmen, las secretas simpatias cuyas ligeras ramas se entrelazaban, germinaban y florecian poco á poco en aquella alma tan tierna como pura.

El conde de Camors habia prevista confusamente todo esto. Pero no habia previsto que se enredaria él mismo en sus redes, y que muy pronto seria sincero en el papel que tan juiciosamente habia adoptado. Desde el principio le habia agradado extraordinariamente la señora de Tecle. Lo que tenia de severidad, uniéndose á su gracia natural y á su elegancia mundana, formaba una especie de encanto original, que excitaba vivamente la hastiada imaginacion del jóven. Si tentacion grande es para los ángeles salvár á los réprobos, los réprobos no acarician con menores delicias la idea de perder á los ángeles. A sus instintos de sombria depravacion, se unió muy ptonto, en las disposicio-

nes del conde de Camors relativamente á la señora de Tecle, un sentimiento mas digno de ella. Viéndola casi diariamente con la peligrosa familialidad que favorece la vida del campo; precenciando todas las evoluciones de aquella mujer distinguida, siempre igual, siempre dispuesta á todo, á los deberes como al placer, animada como la pasion y serena como la virtud, concibió por ella verdadero culto; culto que no era respeto, porque para respetar es necesario creer en el esfuerzo, en el mérito, y Camors no queria crer. Creia que la señora de Tecle habia nacido como era, y la admiraba como planta rara, como objeto encantador, como obra exquisita, en la que la naturaleza habia combinado las gracias físicas y morales con proporcion y armonia perfectas. En una palabra: la amaba, y su actitud de esclavo en su presencia no fué por mucho tiempo un juego.

Nuestras lectoras habrán observado sin duda un hecho extraño, y es que cuando los sentimientos recíprocos de dos debiles criaturas mortales han llegado á cierto punto de madurez, la casualidad no deja de presentar alguna circunstancia fatal que hace brotar el secreto de aquellos dos corazones, y desprende repentinamente el rayo de las nubes,

con lentitud amontonadas. Esta es la crisis de todos los amores. Esta circunstancia se presentó para la señora de Tecle y el conde de Camors bajo la forma de un incidente de los menos poéticos.

Corrian los últimos dias de Octubre. Camors habia salido á caballo despues de comer á dar un paseo por los alrededores. Habia cerrado la noche, oscura, fria y poco agradable; pero como el conde no debia visitar á la señora de Tecle aquella noche, costumbre de que le costaba mucho trabajo prescindir, entregado á la ociosidad propia de los enamorados, mataba el tiempo como podia. Esperaba ademas que violento ejercicio daria alguna calma á su espíritu, que nunca tal vez se habia visto tan agitado. Jóven aún y novicio en un sistema inflexible, turbábase ante la idea de una víctima tan pura como la señora de Tecle. Pasar sobre la vida, el reposo y el corazon de una mujer como aquella, como su caballo pasaba sobre la hierba del camino. sin mas cuidado ni pesar, era duro para un principiante. Por extraño que esto parezca, ocurriósele la idea de casarse con ella; pero en seguída se dijo que esta debilidad estaria en contradicion con sus principios, que le haria perder para siempre todo imperio sobre si mismo y le

arrojaria al vacio de su vida pasada. Era necesario, pues, seducirla, porque la amaba, la deseaba, la queria. No dudaba que sucumbiese un dia ú otro, y con terrible instinto en los grandes curruptores, presentia en aquella alma quebrantada próxímos desfallecimientos. Via acercarse la hora en que tocaria la mano de la señora de Tecle con labios de amante, y mortal languidez se extendia por todas sus venas. Cuando se entregaba á estos apasionados delirios, se presentó de pronto á su imaginacion el recuerdo de la jóven señora Lescande, y palideció en medio de la oscuridad.

En aquel momento pasaba por el lindero de un bosquecillo perteneciente al conde de Tecle, y del que se habia roturado recientemente una parte. No era solamente la casualidad la que habia dirigido hacia aquel lado el paseo del señor de Camors. A la señora de Tecle gustaba mucho aquel paraje, le habia llevado á él muchas veces, y el dia anterior habian paseado allí en compañia de su hija y de su suegro. El paraje era extraño. Aunque no muy lejano de las habitaciones, aquel bosque era salvaje, y se encontraba perdido como á mil leguas del mundo, pareciendo el rincon de una selva vírgen atacada por el hacha del explorador. Enormes cepas desenterradas y troncos gigantescos cubrian las laderas, oponiendo diques aquí y allá de la manera mas pintoresca á un arroyo que corria hacia el valle. Algo mas lejos, el crecido monte bajo dejaba filtrar religiosa media luz sobre los musgos, rocas, matorrales, prados y cenagosas charcas que son el encanto y el horror de los bosques viejos abandonados.

En esta soledad, y en el lindero de la roturacion, alzábase miserable choza que se habia construido un pobre diablo de zuequero, á quien el conde de Tecle habia permitido se estableciese alli para explotar las encinas en provecho de su pobre industria. Aquel bohemio interesaba á la señora de Tecle, tal vez, porque tenia, como el conde de Camors, muy mala reputacion. El zuequero vivia en su choza con una mujer, agradable todavia á pesar de sus harapos, y dos niños con cabellos rubios y rizados. No era del pais y pasaba por no ser marido de su mujer; su carácter era taciturno, y tenia facciones hermosas, enérgicas y duras bajo su espesa barba negra. La señora de Tecle se distraia viéndole trabajar los zuecos; queria mucho á los niños, que eran hermosos como angelitos embadurnados, y compadecia á la mujer, á la que pensaba casar con

su marido si la cosa estaba aun por hacer como parecía muy verosímil.

El conde de Camors seguia al paso de su caballo un sendero pedregoso que serpenteaba por el lindero del bosque, y precisamente en el momento en que se alzaba en su imaginacion la sombra de la señora Lescande, y casi creia escuchar sus quejas, la ilusion cedió ante extraña realidad. Una voz de mujer le llamó claramente por su nombre, con acento de angustia.

—¡Señor de Camors!

Involuntariamente detuvo el caballo, y glacial estremecimiento se apoderó de todo su ser. Alzóse otra vez la voz que le llamaba, y reconoció la de la señora de Tecle. Dirigiéndo rápida mirada en derredor, vió brillar una luz entre el follaje en direccion á la choza del zuequero, y guiándose por ella lanzó el caballo por el desmonte, subió el repecho y en seguida se encontró delante de la señora de Tecle, que estaba de pié en la puerta de la choza, descubierta la cabeza y en desorden sus hermosos cabellos bajo largo velo de encaje negro: en aquel momento daba precipitadas órdenes á un criado.

En cuanto vió acercarse á Camors, corrió hacia él, diciéndole:

—¡Perdonad, caballero; he creido reconoceros, y os he llamado!....¡Estoy muy angustiada!

—¡Angustiada!

—Los dos niños de ese hombre estan agonizando.... ¿Que hacer? Entrad.... entrad, os lo ruego.

El jóven se apeó, dió las bridas al criado, y siguió á la señora de Tecle á la choza.

Lo dos niños de cabello de oro estaban tendidos juntos en el jergon, rígidos, los ojos abiertos, las pupilas extraordinariamente dilatadas, ardiente el rostro y agitado por ligeras convulsiones. Parecia que se encontraban en la agonia. El viejo doctor Durocher entaba inclinado sobre ellos, contemplándoles con fijeza, con ansia y como desesperado La madre, de rodillas y llorando, se comprimia la cabeza con las manos. Al pié de la cama permanecia de pié el padre con hosco aspecto, los brazos cruzados y secos los ojos; por intérvalos se estremecia, y murmuraba sordamente con voz estúpida:

—¡Los dos! ¡Los dos!

Volviendo en seguida á su sombrio silencio.

El señor Durocher se acercó vivamente á Camors:

—Caballero,—dijo; — ¿qué es esto?....